

FISIOLOGÍA.

UN NUEVO CASO DE MERYCISMO.

El acto de la rumiación es completamente anómalo en el hombre; mas registran ejemplos en la literatura médica designados con el nombre de merycismo, en que este curioso fenómeno ha sido estudiado.

En la «Revista Internacional de Ciencias Médicas,» leí el año pasado un instructivo trabajo acerca de este asunto, en el que su autor, el Dr. Eugenio Martel, se promete que, llamando la atención sobre esta perturbación funcional, se hagan conocer nuevos casos relativos á ella.

La lectura de este artículo interesante trájome la idea de consignar un nuevo caso de merycismo, quizá el primero que en México haya sido consignado, esperando, como el Dr. Martel, que á éste vengan á añadirse otros que las personas que tienen la bondad de escucharme hayan observado.

Se trata de un colega nuestro que actualmente cuenta cincuenta años de edad. El sarampión en la niñez, en cuya convalecencia apareció una psoriasis guttata, de naturaleza herpética que aun en la actualidad padece, y una erisipela de la cara ha diez y ocho años, son las únicas enfermedades que ha tenido.

Me cuenta nuestro compañero, que desde muy niño, poco después de la comida, y aun muchas veces al estar comiendo, los alimentos vuelven á la boca por un acto involuntario, sin esfuerzo, sin dolor, sin molestia, para ser otra vez masticados, encontrando en esto nuevo placer.

La persona de que me ocupo tiene generalmente buen apetito, come de prisa, y la experiencia le ha enseñado que la digestión es mejor cuando la rumiación tiene lugar.

No todos los alimentos que han sido ingeridos vuelven á la boca; la carne, sobre todo cuando no está bien cocida, el queso, las ensaladas, la fruta, particularmente los duraznos, la manzana, la tuna, el plátano y otras parecidas, sufren esta reyección con intervalos de cinco á diez minutos, hasta dos horas después de la comida, sufriendo cada vez nueva masticación y eliminándose durante ella las materias indigestibles, como los huesos de algunas frutas, tales como la uva, la tuna y otros. El fenómeno se suspende si en los momentos en que tiene lugar, la atención se dirige hacia él para estudiarlo, lo cual inclina á que sea considerado como de naturaleza refleja.

Cuando hay indigestión, la regurgitación puede ser provocada voluntariamente el estómago se descarga así de una parte de su contenido, siguiendo después la digestión normal.

Cuando dos ó tres horas después de la comida este individuo toma agua, el líquido es arrojado de nuevo sin mezcla de alimentos, fenómeno que contradice la opinión de Küss, respecto al funcionamiento de las fibras oblicuas del estómago conocidas con el nombre de corbata suiza, y según la cual, estas fibras dividirían la viscera en dos compartimientos para que los líquidos pasasen directamente al duodeno. Y no se crea que el estómago está ya vacío, pues en seguida de estas primeras reyecciones, viene después el líquido mezclado con los productos de la anterior digestión, siendo de advertir que entonces tienen un gusto desagradable que obliga á arrojarlos luego.

Si nuestro mericolo ha tomado chile picante, las materias que vuelven del estómago no causan en la boca la sensación particular que al ser introducidas primeramente produjeron.

La digestión de este individuo últimamente es tardía, dura siete ú ocho horas, y cuando ha habido necesidad ó capricho de volver á comer antes que la digestión concluya, la rumiación se verifica con los alimentos aun no digeridos de la comida anterior, sin perturbación digestiva notable.

Dice Blanchard en su artículo merycismo del Diccionario de Medicina de Jacoud, que en el acto de la deglución, al pasar los alimentos de la boca á la faringe, la acción refleja del segundo tiempo los precipita al esófago sin el concurso de la voluntad, y que al tomar los alimentos camino inverso, viniendo del estómago al esófago y de éste á la faringe, se puede voluntariamente traerlos á la boca ó tragarlos de nuevo. Esta observación, que el mencionado autor ha hecho en sí mismo y que apoya en lo que á este respecto dice Cambay y Berard, no tiene verificativo en nuestro mericolo: en él las materias alimenticias vienen directamente á la boca, sin que la voluntad sea bastante á detenerlas en la faringe.

Según lo observado por nuestro colega, la parte que toma la prensa abdominal al verificarse la reyección, es apenas apreciable: el diafragma se abate ligeramente y los músculos abdominales sufren ligera depresión; es probable que las fibras musculares del estómago y las del esófago, en virtud de un movimiento antiperistáltico determinen el fenómeno que estudiamos.

En mi concepto, no es conocido suficientemente el mecanismo por medio del cual se verifica esta especie de rumiación. Los procedimientos que ahora posee la ciencia indudablemente ilustrarán este punto, conduciéndonos tal vez á admitir que es el mismo que Chauveau ha descrito y que Toussaint por el método gráfico ha demostrado al analizar el fenómeno en los animales rumiantes.

Blanchard, en su interesante artículo ya citado, explica de este modo la rumiación en los animales. «La paleontología nos enseña que en la época terciaria eran numerosos los paquidermos en la superficie de la tierra: se vieron en esta época aparecer los rumiantes y separarse claramente de los paquidermos, como una rama se aparta del tronco que le da origen. Desde las primeras edades de

su diferenciación, parecíanse mucho los rumiantes á los paquidermos; mas sus caracteres propios se fueron marcando más y más, y su estómago, primitivamente unilocular tendía evidentemente á hacerse plurilocular. Esta transformación lenta é insensible, pudo en cierto momento bajo la influencia de condiciones nuevas hacerse más activa.

«Efectivamente, en el mioceno superior viéronse aparecer los primeros carnívoros y tal vez el hombre. Encontráronse entonces los rumiantes frente á enemigos terribles y el instinto de la conservación debió obligar pronto á estos seres pacíficos á agruparse en rebaños, buscando la común defensa, mas dejó subsistir el instinto individual que hace de un rebaño una masa móvil y voraz. Debieron desde entonces devorar pronto, es decir, masticar incompletamente, viniendo de aquí la necesidad de aglomerar los alimentos que no habían tenido tiempo de masticar y que no podían ser inmediatamente digeridos. Esta incompleta masticación y esta rápida acumulación son absolutamente incompatibles con un estómago unilocular y con un alimento exclusivamente herbáceo y fibroso, de digestión siempre larga y difícil. Puede, pues, asegurarse que los ciervos y los antílopes del mioceno superior (los bueyes no se hallaron sino en la época pliocena) estaban ya provistos de estómago multilocular y probablemente dotados también de la facultad de rumiar. Puede suponerse, además, que el perfeccionamiento orgánico de estos animales fué en parte debido á los progresos de su instinto de sociabilidad, estimulado por las exigencias de la lucha por la existencia, pues á medida que se agrupaban y multiplicaban en un espacio dado, debió la especie volverse más móvil. Aligeráronse los miembros é hicieronse más propios para la carrera, al mismo tiempo que el estómago se disponía á guardar cantidad más considerable de alimentos, pues era necesario recorrer tanto más espacio y devorar tanto más pronto cuanto más numerosos eran. Así es como el peso y volumen de un alimento rápidamente ingerido, forzaron las membranas del fondo de saco izquierdo del estómago á dilatarse y transformarse poco á poco en un vasto almacén de reserva (rumen), mientras que el cardia y el fondo de saco derecho se disponían de tal modo que llegado el momento de reposo y seguridad, permitiesen la regurgitación y nueva masticación de alimentos aglomerados.»

Si admitiésemos en el hombre para explicar el merycismo la hipótesis que Blanchard nos ofrece para la rumiación; vista la gran semejanza del modo actual de alimentación de ciertas clases sociales con el de los herbívoros de la época pliocena, no es de dudarse que con el transcurso de los años el hombre llegue á volverse rumiante; mas si tenemos en consideración que hace siglos que el merycismo se observa, puesto que Fabricio d'Acquapendente cita el caso de un gentilhomme de Padua que era mericolo, y que son contados los casos en que este fenómeno se observa, parece más natural buscar la explicación en la transformación misma del estómago de este linaje de individuos.

Sabemos que en la primera infancia lo que comunmente se llama vómito, no es propiamente sino regurgitación: es decir, los niños vuelven la leche coagulada sin esfuerzo, y simplemente porque el estómago está demasiado lleno. Hallo en este fenómeno algunas de las condiciones del que en este momento nos ocupa, y la explicación de él pudiera darnos alguna luz.

La forma y disposición del estómago del niño recién nacido dan cuenta de la regurgitación. En esta época de la vida el estómago se parece al de los animales carnívoros: tiene una forma cónica, alargada, y el esófago viene á insertarse en la extremidad; no hay, pues, en el niño, ni grande ni pequeño fondo de saco. Cuando los alimentos son arrojados, basta la presión de las fibras musculares circulares para que suban por el esófago y lleguen á la boca. No sucede lo mismo en el adulto; la disposición y forma del estómago se parecen más al de los herbívoros, y la existencia del gran fondo de saco es un obstáculo para la reyección fácil de las materias allí contenidas.

Si suponemos que la forma y disposición que el estómago tiene en el niño se mantiene ó existe modificada conservando cierta analogía en el adulto, podríamos acercarnos verosimilmente á la explicación del merycismo. La diferencia entre uno y otro fenómeno estriba en que el niño arroja y el mericolo retiene para masticar; mas fijándonos en las circunstancias diversas de una y otra edad, fácilmente comprenderemos esta diferencia.

Se citan ejemplos de merycismo hereditario, y entre ellos puede figurar el hijo de nuestro cofrade, sujeto de esta observación, niño de catorce años y también mericolo. En la hipótesis que enunciamos caben sin dificultad estos hechos. La única objeción considerable sería la de los casos en que el merycismo no es congénito, pues citanse el de Riche, que comenzó á los nueve años, el de Cambay á los quince, el de Armaingaud á los diez y seis, el de Windthier á los treinta, el de Percy y Laurent á los treinta y dos, y el de Vincent á los treinta y ocho; sería necesario invocar en éstos, modificaciones en el órgano dimanadas de causas de origen morboso, teniendo quizás como resultado una modificación en la forma de la viscera.

Si contásemos con estudios de anatomía patológica hechos en cadáveres de merícolos, para aclarar esta cuestión, dejaríamos el terreno resbaladizo de la hipótesis para entrar con pie firme en el de la realidad; mas hasta hoy, que yo sepa, no hay en la ciencia una observación de este género. ☞

México, Octubre 26 de 1887.

J. M. BANDERA.

